GAZETA DE SANTA FE.

"Independiente en todo, neutral en nada."

SANTIAGO L. COLLINS,
Redactor y Publicador.

SANTA FE, SABADO 5 DE DICIEMBRE DE 1868.

SUSCRICION:
Pagable invariablemente Adelantado.

Por un año	$ 2.50
Por seis meses	1.50
Por tres meses	1.00
Por una copia sola	10

Toda la vida por un dia.

Tengo cuarenta y cinco años; estoy, pues, muy cerca de la muerte, y quiero despues de haber mentido toda la vida, decir una verdad antes de morir. ¿Pero á quién le diré esta verdad? Acaso una mujer vieja puede encontrar quien le oiga contar la historia de su vida sin reirse! Existe un ser á quien pueda confiar que acabo de perder una ilusion? A mi edad! imposible! Pero es así! escriberé, escriberé para mi sola. Seré franca; qué ganaria con lo contrario? Es un alivio lo que busco; es una especie de testamento; porque despues de haber concluido ya, no me quedará otra cosa que hacer, no me quedará ni pasado ni porvenir! El pasado! Dios mio! cuán léjos está ya de mí! Esta noche voy á dormir en esta cámara adonde no habia entrado desde hace cuarenta años. Todo está casi en el mismo estado: mi imaginacion me ha trasportado á la época en que habitaba estos mismos lugares, de una manera tal, que me he estremecido al ver en el espejo mi rostro viejo y arrugado, pareciéndome que debia reproducirme jóven. ¡Sí! desde hace algunos dias no me queda nada de mi juventud!

Perdí mi madre al nacer, mi padre solo lo sobrevivió diez años. En esa época yo era muy niña y quedé bajo la tutela de mi hermana, la duquesa, de Saint-Melaye, que acababa de casarse, que estaba en la flor de su belleza, y en la primera embriaguez de los primeros triunfos, y no se ocupó en otra cosa que en desembarazarse de mí. Me puso en Panthemont, convento muy á la moda entónces, y que estaba lleno de jóvenes nobles y de ricas herederas. Permanecian en él hasta los diez y seis ó diez y siete años; á esa edad se casaban y entraban en el gran mundo. Eso fué lo que me dijo mi hermana al separarse de mí y al dejarme bajo la guarda inmediata de mi directora.

Entre las pensionistas que tenian cuarto, habia una que me agradó al momento, la baronesa de Stermann. Era jóven, de mucho talento, de una imaginacion desordenada; pero perfectamente buena é inocente. Pasaba dias enteros oyéndola contarme sus dulces ensueños. Yo tambien tenia la imaginacion viva, y estas conversaciones tuvieron sus frutos en el *porvenir*, apesar de que la baronesa tenia cuidado de prevenirme de la poca realidad de sus quimeras.

—El mundo no es así, señorita; mas tarde os convencereis de ello. Soy yo, visionaria, entusiasta quien lo ve así. Tratad vos de juzgarlo de otra manera; y *sereis* mas dichosa y mejor comprendida. Al formarse mi juicio, adopté las ideas de mi amiga sin restricciones. Vivi en un mundo ideal del que solo ella y yo eramos los habitantes. Huia de las compañeras de mi edad, pasaba todas mis recreaciones oyéndola leer la *Nueva Heloisa*, y romances compuestos por ella, mas exaltados aun que aquel. Mi directora se ocupaba poco de mí, así es que las religiosas, confiadas en ella, ignoraban estas peligrosas conversaciones.

Para comenzar, en lugar de dejarme amar, escoger al que debia ser mi esposo, mi familia me presentó al marques de Nerville, me dijo que nuestro matrimonio estaba decidido, que era un bello nombre, una inmensa fortuna, una gran consideracion, y que convenia maravillosamente. Aventuré algunas observaciones; se rieron de mí, me llamaron chiquilla, y me encontré casada sin haber tenido tiempo de oponerme á ello, sin saber casi cómo se habia hecho. Mi marido tenia cuarenta años; habia sido bello, no lo ignoraba y creia serlo todavía.

De un talento corto, sus conocimientos eran nulos, su carácter frio. Nunca me amó; me creian dichosa, porque no me contrariaba jamás, y porque era libre como el aire; ¿qué mas podia yo exigir?

¡Dichosa! ¿Qué es, pues, la dicha?

Siempre me la he representado habitando un templo elevado. Ese templo tiene una multitud de puertas, y cada uno puede escojer la que le parece mas bella. En las puertas están pintados una multitud de atributos, escudos cubiertos de flores, otros de laureles. Pero esas puertas, ¿cómo pasar por ellas? Algunas veces nuestra vida se pasa golpeando en todas, otras veces nos la pasamos cerca de una sola. Despues de muchos esfuerzos se entreabre; un genio burlon no muestra al Dios que tan ardientemente hemos deseado ver, y despues nos arrojo lejos mas léjos que nunca de nuestros deseos. Tal fué mi destino. La dicha era para mí el amor; no comprendia otra y es lo único que me ha faltado.

En medio de las locuras de imaginacion, habia, al principio de mi matrimonio, un profundo sentimiento de mis deberes. Sufria de mi aislamiento, pero sufria con orgullo; porque estaba rodeada de homenajes que despreciaba. Es preciso decirlo mas tarde el sentimiento del deber se debilitó; sucumbí bajo el peso de mis pesares; deseaba un corazon que me amara y me puse á buscarlo.

Se hizo en mí una revolucion singular; creí una quimera, un hombre desconocido á quien nadie se parecia. Miraba á mi derredor y sonria de piedad comparándolo á los que encontraba todos los dias. Poco á poco me fui fiando en él y llegué á amarlo con toda mi alma; fué el héroe de una historia de que fui yo la heroina. Le escribia, le hablaba, lo hacia celozo. Iba al ejército, estaba en peligro, me consagraba á él. En seguida nos encontrábamos. Tenia momentos de delicias inefables: *me adivinaba tambien!* En el mundo, me seguia: tenia la mayor precaucion en no molestarlo. Le ofrecia mis triunfos, le sacrificaba mis gustos mas queridos. Era un verdadero romance. Este romance duró tres años; mi carácter se resintió, estaba desconocida, se inquietaron de mi cambio. Les dejé creer lo que quisieron, ¿qué me importaba?

Tenia veinte y cinco años cuando vine á pasar un mes con mi prima; *mi amante* no me habia seguido, me habia sido preciso una separacion. Sufria realmente por la ausencia, suspiraba por el momento de la vuelta. Fijé mi partida para el dia siguiente, cuando mi cochero vino á anunciarme que mi carruaje estaba roto, y que por lo ménos necesitaba un dia para hacerlo componer. Me contrarió mucho este retardo, y mi prima tratando de consolarme me dijo:

—Mi padre llega mañana, ¿adivinas quien lo acompaña? tu poeta favorito, el que todas las mujeres buscan, y que tú deseabas conocer hace tanto tiempo, lord Arturo Eton.

Me alegré de la descomposicion del carruaje, y este fué motivo de reproches; mi otro Arturo, el que habia dejado en Paris ¿no debia poseer todos mis pensamientos? Tuve rabia de mi curiosidad. El dia lo pasamos en conjeturas; éramos cuatro jóvenes locas, cada una de nosotros formaba su juicio sobre el célebre personaje. A la hora del almuerzo, al dia siguiente, estábamos arregladas con mas cuidado; el castillo todo tenia cierto aire de coqueteria. Se podia jurar que tenamos intencion de adorar á lord Eton, viendo nuestras miradas impacientes. En fin, al medio dia, entró un correo en el patio, se oyó un carruaje, nos precipitamos á las ventanas, es decir, mis compañeras, yo no encontré cosa mejor que huir. No he podido darme la razon de este movimiento. Tuve necesidad de un gran esfuerzo para ir á reunirme á la compañía. Entreabrí la puerta del billar, con los ojos bajos, pronta á sentir una gran emocion. Una sola voz llegó á mis oidos, la de mi tio que me saludaba. Apénas le contesté; buscaba á mi rededor, pero nada ví.

—¿Adonde están las señoras? pregunté al cabo de un momento de reflexion.

—En el parque, con mi lord, mi bella marquesa.

Y sin decir nada, mi tio se aproximó á un armario que encerraba objetos preciosos. Maquinalmente lo seguí y ví que caminaban á mi lada. *¡Era él!*

Lord Eton, sobrina, milord, la marquesa de Nerville.

Despues de estas palabras sacramentales cambiamos un saludo bastante indiferente. El me habia mirado sin duda; esperaba que hablase para mirarlo. Tomo parte en nuestras conversaciones. Apesar de su celebridad, mostraba una modestia que le sentaba maravillosamente. Sus observaciones eran de un hombre de gusto; yo las encontraba tan acertadas que me figuraba las habia hecho yo misma.

La castellana suplicó al poeta que nos leyese algunos pasajes de un manuscrito que habia colocado sobre la mesa. Convino, y todas lo rodeamos. Quedé frente á él, sus ojos no se separaban de mí y parecia que me dirigia todo lo mas tierno de sus composiciones. Todos lo notaron; me levanté para escapar de esta posicion violenta, pero él me siguió. Mi corazon latia precipitadamente, me sentia arrastrada hácia él por un sentimiento irresistible; lo notó tal vez.

—¿Partis mañana, señora?

—Sí, milord, respondí arrojando un mirado sobre el camino cortado solamente por el horizonte.

—¿Porqué tan pronto?

—Lo siento infinito, pero no esperaré!

Estas palabras me recordaron el pasado; me alejaba difinitivamente de él. Una señora se sentó al piano y contó otras le siguieron. Tenia y deseaba seguir el ejemplo. Mi tiome decidió. Jamás habia yo puesto mas espresion, ni mi voz habia sido tan dulce. El conde de Eton, de pié á mi lado, no me hablaba, pero parecia participar de todas mis impresiones.

Me estiendo tanto sobre este dia, porque es del único de que haya guardado los detalles en mi corazon.

Salimos á pasear por la selva; Arturo me ofreció su brazo. La conversacion fué general y rodó sobre los mil nadas que componen las conversaciones mas espirituales; por fin se pasó á ese asunto, tratado sin cesar de una manera siempre nueva, porque cada uno pinta lo que esperimenta: se habló del amor. Yo no dije nada; y lord Eton quiso que diera mi parecer.

No tenia ninguno.

—?Deveras señora? no pensais como yo? no creis que en nuestro siglo los hombres se entregan con pasion á él, es decir, los que pueden sentirlo? Buscad á vuestro rededor y vereis que no hay mas que enamorados!

—¡Enamorados! no, milord! hombres galantes puede ser.

—Señora, sois injusta; estoy convencido que vos, mejor que ninguna, debeis apreciar el amor verdadero. ¿Podeis ser amada de otra manera?

Y su mirada era tan tierna! y continuó:

—No vayais á tomarme por un Amadis; yo lo predico el ejemplo yo no he amado nunca! Busco en vano la mujer que me convendria, hasta este momento no he encontrado que gustos, fantasias, nada de verdadero y de profundo. Con toda mi alma llamo á ese ángel que debe revelarme la vida! Qué tesoros de amor le guardo! qué reconocimiento le deberé! Oh! señora, un poeta sin querida, es como un cielo sin estrellas!

Esta conversacion era muy peligrosa; lo conocia y sin embargo no podia arrancarme de allí. Nos separamos al entrar. El resto de la tarde estuvo conmigo, sus ojos, sus discursos entrecortados penetraban hasta mi corazon; era una fascinacion. Cuando subí á mi aposento, me dejé caer sobre un sillon, ocultó la cabeza entre las manos y estuve pensando dos horas. Recorrí todas las horas del dia. Los menores incidentes se habian gravado en mi imaginacion de una manera indestructible. Sus palabras resonaban en mis oidos. No dormí; cuando vinieron á despertarme, me encontraron vestida, pronta á partir. Dios mio, como estaba mi corazon!

Al subir al carruaje, mi camarera me entregó una carta, no conocida la letra ni el sello. Por la emocion que sentí adivinó de quien venia. La abrí temblando, impaciente de no estar sola. Eran versos, versos para mí, llenos de pesar y de melancolia. Los oculté en mi faltriquera, resuelta á no mostrarlos. Los volví á leer en la última parada y entonces me vino el recuerdo de mi *amante* y tuve remordimiento. Pero cuál fué mi sorpresa, cuando al buscar esta imagen en mi corazon, no encontré mas que la de lord Eton! Mi quimera habia tomado cuerpo, se habia realizado. No habia peligro, porque no lo volveria á ver mas.

Desde ese momento era para él, rodeado de sus obras, leyéndolas sin cesar, participando de todas sus opiniones. Si escribia un libro, yo era la primera que lo tenia, que lo devoraba; creia encontrar en ellos una torba de alusiones á nuestro sentimiento. Las heroinas, eran yo; los amantes eran él. Pensaba en mí al escribir los tormentos de la ausencia, las estravagancias de la pasion. Habia cambiado solamente de locura; y la amaba con tal embriaguez que solo su nombre me hacia palidecer. Nada era mas grasioso que el desden con que yo recibia á los otros hombres, si se les ocurria hacerme la corte. No los volvia mas que una sonrisa de piedad; los media con mi gran idolo los encontraba tan pequeños.

¡Tengo mas de quinientas cartas dirigidas á este amante de un dia, se puede hacer con ellas una historia completa; lo referia todo, mis pesares y mis alegrias, mi amor sobre todo; perdia la razon. Así pasó mi juventud; valia bien la pena de ser jóven á la verdad!

Estalló la revolucion; M. de Nerville quiso emigrar desde el 98, lo seguí. Fuimos á Coblentz y de ahí á Inglaterra. Desgraciadamente lord Eton embajador en Berlin, estaba en su residencia diplomática. Una de sus hermanas, persona muy vulgar, me sedujo solo porque llevaba su nombre. Se me puso en la cabeza que debia haberle hablado de mí. La interrogué mil veces acabó por recordar que habia dejado en Francia el objeto de una pasion ardiente. Esa era yo, no habia duda. Yo no habia quedado mas encantada si me lo hubiese contado el mismo. Loca!

Disminuian nuestros recursos; nos ofrecieron un establecimiento mas económico en Alemania; nos fuimos allá. Permanecimos hasta 1814; entónces ya no era jóven; mi exaltacion se habia amortecido. Conservaba un recuerdo muy tierno por lord Arturo, pensaba siempre en él, pero no le escribia mas. Leia con delicia los versos que habia dirigido, nadie los habia leido mas que yo; era la única liga que existia en nosotros, era el único misterio de mi existencia. Juzgad! A fuerza de soñar lord Eton, me habia persuadido que realmente habia tenido relaciones, cuando me hablaban frecuentemente de él y yo solia, decir: He conocido mucho á lord Eton! Esta frase de triunfo y pesar debia convencer á mis auditores que en efecto lo debia haber *conocido mucho*.

A mi vuelta á Francia, nos fueron restituidos los bienes que no habian sido vendidos. Habia perdido á M. de Nerville en la emigracion; me encontré pues viuda y sin hijos, á la cabeza de uga bella fortuna.

De La Crónica de Nueva York.

Asuntos de Mejico.

En nuestro último número anunciamos que la comision mejicana habia llegado á Miramar y presentado al archiduque Maximiliano el acta por el cual la junta de notables le habia elegido emperador de Méjico, y publicamos integra la respuesta dada por el archiduque á los individuos de la comision. Hoy hemos recibido íntegro el discurso que dirigió á aquel el presidente de la comision, Sr. Gutierrez Estrada. Dice así:

Señor:—La nacion mejicana, restituida apenas á su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo, nos envia á presentarnos á V. A. I., objeto y centro hoy dia de sus votos mas puros y sus mas alegueñas esperanzas.

No hablaremos, señor, de nuestras tribulaciones y nuestros infortunios, de todos conocidos, hasta el punto de haberse hecho para tantos el nombre de Méjico sinónimo de desolacion y ruina.

Luchando hace tiempo por salir de situacion tan angustiosa, y si cabe, mas amarga aun por el funesto porvenir puesto ante sus ojos que por sus males presentes, no ha habido arbitrio á que esta nacion infeliz no haya acudido, ni ensayo que no haya hecho dentro del círculo fatal en que se colocó, adoptando inexperta y confiada las instituciones republicanas, tan contrarias á nuestra constitucion natural, á nuestras costumbres y tradiciones, y que, haciendo la grandeza y el orgullo de un pueblo vecino, no ha sido para nosotros sino un manantial incesante de las mas crueles desventuras.

Cerca de medio siglo ha pasado nuestra patria en esa triste existencia, toda de padecimientos estériles y verguenza intolerable.

No murió, empero, entre nosotros todo espíritu de vida, toda fé en el porvenir. Fuesta nuestra firme confianza en el regulador y árbitro soberano de sus sociedades, no cesamos de esperar y de solicitar con ahinco el anhelado remedio de sus tormentos, siempre crecientes.

Y no ha sido vana nuestra esperanza. Patentes están hoy los caminos misteriosos por donde la Providencia Divina nos ha traido á la situacion afortunada en que actualmente nos hallamos, y que apenas llegaron á conocer como posible las inteligencias mas elevadas. Méjico, pues, dueño otra vez de sus destinos, y escarmentado á tanta suya de su error pasado, hace en la actualidad un supremo esfuerzo para repararlo.

A otras instituciones políticas recurre ansioso y esperanzado prometiéndose que le serán sus mas provechosas que cuando era colonia de una monarquía europea, y mas si logra tener á su frente un príncipe católico que á su eminente y reconocido mérito reune tambien aquella nobleza de sentimientos, aquella fuerza de voluntad y aquella rara abnegacion que es el privilegio de los hombres predestinados á gobernar, regenerar y salvar á los pueblos extraviados é infelices á la hora decisiva del desengaño y del peligro.

Mucho se promete Méjico, señor, de las instituciones que le rigieron por espacio de tres siglos dejándonos al desaparecer un espléndido legado que no hemos sabido conservar bajo la república democrática. Por que hubo un tiempo en que el nombre de Méjico, símbolo de paz, prosperidad y riqueza, sonaba dulcemente á los oidos de propios y extraños. El nombre de *Nueva España* formaba en el mas rico doron de la corona de Castilla y hacia palpitar de orgullo nuestros corazones.

Pero si es grande y fundada esa fé en las instituciones monárquicas, no puede ser completa si estas no se personifican en un príncipe dotado de las altas prendas que el cielo os ha dispensado con mano pródiga.

Puede un monarca, sin grandes dotes de inteligencia ni carácter, hacer la ventura de su pueblo, cuando el monarca no es mas que el continuador de una antigua monarquía en un pais de antiguos monarcas; pero un príncipe necesita circunstancias excepcionales cuando, heredero de una república, ha de ser el primero de una série de reyes, el fundador de una dinastía.

Sin V. A., in ficus y efímero sería creed, señor, á quien nunca ha marcado sus labios con la linoja cuando se intentase para levantar á nuestra pais del abismo en que yace, quedando ademas frustradas las altas y generosas miras del monarca poderoso cuya espada nos ha rescatado, y cuyo fuerte brazo nos sostiene y nos protege.

Con V. A. tan versado en la difícil ciencia del gobierno, las instituciones serán lo que deben ser para afianzar la prosperidad é independencia de su nueva patria, teniendo por base esa libertad verdadera y fecunda, hermana con la justicia, que es su primera condicion, y no era falta libertad, no conocida entre nosotros sino por sus demasias y estragos.

Esas instituciones, con las modificaciones que la prudencia dicta y la necesidad de los tiempos exige, servirán de antemural incontrastable á nuestra independencia nacional.

Estas convicciones y estos sentimientos de que estaban poseidos muchos mejicanos tiempo há, se hallan hoy señor, en la conciencia de todos y brotan de todos los corazones. En Europa mismo, sean cuales fueren las simpatías ó las resistencias, solo se oye un concerto de elogios respecto á V. A. I. y su augusta esposa, tan distinguida por sus altísimas prendas y su ejemplar virtud, que bien pronto, compartiendo á la vez vuestro trono y nuestros corazones, será querida, ensalzada y bendecida por todos los mejicanos, como lo fue aun de los mismos italianos en tiempos difíciles y turbulentos, viniendo á ser el Méjico de 1863 digno émulo del Milan de 1657.

Intérpretes harto débiles nosotros de ese aplauso general, del amor, de las esperanzas y los ruegos de toda una nacion, venimos á presentar en su nombre á V. A. I. la corona del imperio mejicano, que el pueblo, por un decreto solemne de los notables, ratificado ya por tantas provincias, os ofrece, señor, en el pleno y legítimo ejército de su voluntad y soberanía.

No podemos olvidar, señor, que este acto se verifica, por una feliz coincidencia, cuando el pais acaba de celebrar el aniversario del dia en que Iturbide, á la cabeza del ejército nacional, plantó triunfante en la capital de Méjico el estandarte de la independencia y la monarquía, llamada al trono á un archiduque de Austria, *á falta de un infante de España*.

Acoged, señor, propicio los votos de un pueblo que invoca vuestro auxilio, y que ruega fervoroso al cielo que corone la obra gloriosa de V. A. I. pidiendo á Dios asimismo que le ha concedido corresponder dignamente á los perseverantes afanes de V. A. I.

Luzca por fin, señor, para Méjico la aurora de tiempos mas dichosos al cabo de tanto padecer, y tengamos la dicha incomparable de poder anunciar á los mejicanos la buena nueva que con tanta vehemencia y zozobra están anhelando: nueva buena, no solo para nosotros, sino para Francia, cuyos nombres, de hoy mas, inseparables de nuestra historia, como será inseparable de nuestra gratitud para Inglaterra y para España, que comenzaron esta grande obra en la convencion de Lóndres, despues de haber sido las primeras en reconocer su justicia y en proclamar su necesidad imprescindible: y, en fin, para la ínclita dinastía de Hapsburgo, que coronan esta grande obra con V. A. I. y R.

No se nos oculta, señor, lo repito, toda la abnegacion que V. A. I. necesita, y que solo puede hacer llevadera el sentimiento de sus deberes para con la Providencia Divina, que no en balde dota á los príncipes de grandes cualidades, para aceptar con todas sus consecuencias una mision tan penosa y ardua á tanta distancia de su patria y del trono ilustre y poderoso en cuyas gradas se halla colocado el primero, y tan léjos de esta Europa centro y emporio de la civilizacion del mundo.

Sí, señor, pesada es, y mucho, la corona con que hoy os brindas nuestra admiracion y nuestro amor; pero dia vendrá, así lo esperamos, en que su posesion será envidiable, merced á vuestros esfuerzos, que el cielo sabrá recompensar, y á nuestra cooperacion, lealtad y gratitud inalterables.

Grandes han sido nuestros desaciertos, y alarmante es nuestra decadencia; pero hijos somos, señor, de los que al grito de patria, religion y rey,—tres grande objetos que se hermanan bien con la libertad,—no ha habido empresa, por grande que fuese, que no acometieran, ni sacrificio que no supieran arrostrar constantes é impávidos.

Tales son los sentimientos de Méjico al renacer, tales las aspiraciones que hemos recibido el honroso encargo de exponer fiel y respetuosamente á V. A. I. y real, digno vástago de la esclarecida dinastía que cuenta entre sus glorias haber llevado la civilizacion cristiana al propio suelo en que aspiramos, señor, á que fundeis en este siglo, por tantos títulos memorable, el órden y la verdadera libertad, frutos felices de esta civilizacion misma.

La empresa es grande; pero es aun mas grande nuestra confianza en la Providencia, y que debe serlo nos lo dicen bien claro el Méjico de hoy y el de Miramar de este glorioso dia.

Mas sobre la navegacion aereostica.—De una carta de Paris copiamos los párrafos siguientes:

Muy señor mio,

Debo dar principio á mi carta hablandole á Vd. de la ascension aroestática de Nadar y sus intrépidos compañeros, que en busca de emociones fuertes se lanzaron al espacio ayer á las cinco de la tarde, suspendidos por el enorme globo, llamado el Jigante por ser el mayor de cuantos hasta ahora han penetrado las regiones aereas, se han invertido en su construccion veinte mil metros de seda; su circunferencias de 90 metros, y la altura, contando desde la barquilla hasta la cuspide del globo, es de 60 metros; sostiene un peso de 90 quintales, y así la barquilla es una casita de dos pisos con sus correspondientes camarotes. Ademas de los hermanos Godard, célebres aeronautas, acompañan á Nadar, que es el capitan de Jigante, la princesa de la Tour D'Auvergne, el príncipe de Wittgenstein, el conde de Sant Martin, Mr. de Sant Feliz y otros varios. Nadar escribió un reglamento, que se comprometieron á observar los viajeros durante la navegacion. Este reglamento da una autoridad absoluta al capitan.

La ascension tuvo lugar en el campo de Marte, en presencia de una concurrencia inmensa. Los muelles de ambas orillas del Sena estaban cubiertos de gente á pié, á caballo y en carruajes desde la plaza de la Concordia hasta pasado el muelle de Billy, frente al Campo de Marte. La ascension debe verificarse á las cuatro, segun anunciaba el programa; de modo que la multitud seguia con impaciente curiosidad las oscilaciones del globo que permanece anclado, dando lugar á las malévolas observaciones del que espera. Por fin, despues de haber consumido la paciencia á mas de doscientos mil espectadores, se elevó majestuosamente el globo Jigante, que impedido por el viento del Sudeste pasó por encima de las Tullerias, siguiendo despues hácia el Este, alejandose por lo mismo de la mar.

Sabe Vd. que *Nadar* trata de descubrir el modo de *calar*; pero no aplicara el globo á su aparato, pues encuentra en él el mayor obstáculo. Ha fundado un periódico titulado el *Aeronauta*, constituyendo un Comité de examen para fundar despues la sociedad científica que se ocupará constantemente en los estudios y las esperiencias necesarias hasta llegar á descubrir el modo de dominar el espacio, cruzándolo en todas direcciones como los pájaros. Dice Nadar que para luchar contra el aire, es preciso ser específicamente mas pesado que el aire;" añade que "todo lo que no es absurdo, es posible, deduciendo de todo esto, que "todo lo que es posible, se hará." No falta, pues, mas que saber lo que es ó no absurdo; y este aforismo de Nadar se parece un poco á aquel tan vulgar aquí, que dice: "Todo lo que no está prohibido por la ley, es permitido."

En fin, esta ascension formará época en los anales aerostáticos; ella puso en movimiento á los habitantes de Paris y de los alrededores, y hoy no se habla de otra cosa. Nadar ha querido dar este espectáculo á fin de reunir los fondos necesarios con el producto de las entradas en el campo de Marte para emprender los trabajos sobre la navegacion aerea. Dudo mucho que haya sacado lo suficiente para cubrir los gastos; pues esta clase de espectáculos se ven desde todas partes, con solo levantar la cabeza al cielo, y por esto no se puede exijir nada á nadie. Así aunque el campo de Marte estaba lleno de gente, la mayor parte ocupaba los puntos que le dejo indicados.

Veremos si por fin se resuelve este famoso problema: puede muy bien que pase esta fiebre aerostática; pero diré como el niño que plantaba dinero; *Il en sortira toujours quelque chose.*

Como este hay muchos.—"Sois un rey en vuestro departamento,"—decia X. á cierto prefecto.

—Así es la verdad; pero el corregidor me carga.

—Cómo! yo creia que Vd. habia dado ese argo á un hombre de paja.

—Mi amigo, si el corregidor fuese de paja, tiempo ha que el consejo municipal se lo habria comido.

Buen remedio.—Una señorita del pueblo de Chalons (Francia,) cuyo marido acaba de ser acometido de un ataque de apoplegía, se apresuró á hacer con unas tijeras una grande incision en cada una de sus orejas; esto provocó un copioso derrame de sangre, é hizo que el paciente, á quien se tenia muy pocas esperanzas de salvar, comenzase á recobrar el conocimiento y fuese completamente salvado. Este hecho merece ser señalado, puesto que podra prestar á la ciencia nuevas indicaciones para combatir un mal que muchas veces hace inútiles todos los recursos de arte.